MONTEAGUDO 3.ª Época – N.º 28. 2023 – Págs. 25-28

Mariano Baquero, tantos años después

Mariano Baquero, so many years later

Eloy Sánchez Rosillo
Universidad de Murcia

Lo conocí en 1971, y lo vi y traté con regularidad desde ese año hasta muy poco antes de su muerte: primero, como alumno suyo durante tres cursos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia; inmediatamente después, en razón de mi trabajo en el Departamento de Literatura Española de este centro, que él dirigía.

Fue sin duda el mejor profesor universitario que tuve. Era un excelente profesional, competente, educado y respetuoso, *rara avis* en aquellos tiempos de la universidad, y en los de antes y después. Hay instituciones que no cambian nunca.

Cuando ahora lo recuerdo, me doy cuenta de que, entre mi imagen primera y mi visión última de Baquero –separadas por trece años– no hay apenas diferencias. Ambas coinciden casi como dos fotografías iguales que se superpusieran. Se diría que el paso de los años, que va poco a poco cambiando a las personas, respetaba la singular intemporalidad de este hombre, siempre idéntico a sí mismo. Su peculiar manera de ser y su conducta eran inalterables. Y ni siquiera en su aspecto físico, hasta el momento en que se manifestó en él la enfermedad que lo llevó a la muerte, había obrado el tiempo cambios ni deterioros notables: el pelo le fue encaneciendo, y nada más. Semejante uniformidad, que por lo general suele resultamos enojosa o aburrida, en Baquero, persona de delicado espíritu y trato cordial, era como una bendición. Con él no había lugar a las desagradables sorpresas que con frecuencia nos deparan las relaciones humanas y, de especial manera, la convivencia con las gentes tan particulares y extrañas (dejémoslo ahí) que pueblan el ámbito universitario. Uno podía estar seguro de que siempre que encontrara a este profesor hallaría también sus palabras afables, su sonrisa, su natural sencillez.

Mis encuentros con él, desde que comenzó mi vinculación laboral a la universidad, solían tener lugar en nuestro Departamento de la vieja Facultad (era infrecuente que nos viéramos en otros sitios). Durante el curso académico coincidíamos allí ciertas

tardes de cada semana. Mis recuerdos de tantas y tantas tardes, esparcidas a lo largo de tantos años, tienen también carácter uniforme: la rutina de la vida académica es tema que admite escasísimas variaciones, y la memoria no logra diferenciar la individualidad irrepetible de momentos iguales. Todas aquellas tardes de la vida de Baquero, de mi propia vida, son, en esencia, como una sola tarde que hubiera transcurrido lenta, muy lentamente, con la insólita belleza melancólica que la monotonía es capaz de entregarnos. Y esa tarde única, emblemática, cifra del tiempo que poco a poco se fue posando en nuestras biografías, acude ahora a mi memoria, cuando, tras la muerte de Baquero, ya no existe posibilidad de que se prolongue. En las líneas que siguen, diré cómo fue.

Son casi las cuatro y media. Hace unos minutos que llegué al Departamento. Si situamos esta tarde ideal en abril, estará florecida la vieja jacaranda que hay en el patio de la Facultad; si preferimos que transcurra en febrero, no habrá hojas ni flores en sus ramas. A las cuatro y media, puntual –metódico en todo y de estrictas costumbres–, don Mariano abre la puerta que comunica su despacho con la amplia sala de lectura del Departamento, en la que yo me hallo y en la que tengo mis ocupaciones. Nos saludamos. Sonríe mientras dice unas palabras amables. Es hombre retraído y, como consecuencia, un poco distante, de regular estatura y armoniosa complexión, pulcro, de delicadas maneras, bien vestido, elegante sin afectación ni atildamiento. Va perfumado, como siempre, con unas gotas de agua de colonia que lo envuelven en un aroma invariable. No intenta ocultar la innata timidez y sus ojos tienen la inconfundible mirada desvalida de los hombres buenos. Me invita a pasar a su despacho y, una vez sentados, comienza nuestra charla.

La conversación de esta tarde, resumen de tantísimas otras conversaciones, no tiene nada de profesional. En ningún momento hablaremos de la universidad, del trabajo, de los problemas académicos. Preferimos hablar de cosas que nos unen y que nos son más gratas: sobre todo, de música y literatura. El profesor, como todo el que lo conoce sabe, es un apasionado de la música. Al hilo de las novedades discográficas recientes que hemos adquirido uno y otro, van surgiendo sus finos comentarios sobre esta obra, sobre aquel compositor. Baquero no es, desde luego, persona que con facilidad se entregue a la vehemencia; es, por el contrario, comedido y pudoroso en la expresión de sus sentimientos, pero cuando habla de música puede llegar a manifestar su alegría casi con ardor.

De la música pasamos a la literatura. Se refiere a sus libros preferidos con el fervor y la ilusión de un adolescente. Después de tantos años de ganarse la vida como profesor de literatura, aún ama los libros. Es un caso raro. Según costumbre nuestra, terminamos hablando con devoción, porque a los dos nos interesan mucho, de algunos grandes escritores ingleses y norteamericanos: Melville, Hardy,

Henry James, Conrad. "James –me dice– es para mí el Novelista, el novelista por antonomasia". "No me sorprende esa preferencia suya –le apunto en tono de broma, mas sin faltar a la verdad–, pues usted, tal como es, sin ningún retoque, podría ser un personaje de Henry James". Mis palabras le hacen reír y en seguida me contesta que nunca había pensado en la posibilidad de vivir en las páginas de un libro.

La conversación no dura más de media hora. Durante el resto de la tarde, pared de por medio, ambos nos dedicamos a nuestros respectivos trabajos. Transcurren las horas con lentitud. En el crepúsculo, se abre de nuevo la puerta del despacho y Mariano Baquero, sonriente, se despide de mí hasta el próximo día.

Pero ya no habrá próximo día, tardes como esta tarde, conversaciones como la que he descrito.

Escribo estas páginas a finales de septiembre, en los primeros días del otoño. Baquero murió hace tres meses, el 13 de junio, a causa de un cáncer invasivo y voraz, detectado cuando el daño estaba ya muy extendido.

Un día cualquiera dejó de acudir al Departamento. Los que formábamos parte de él nos enteramos enseguida de lo que ocurría. Y las noticias que nos llegaban de su estado eran cada vez más alarmantes.

Durante su breve enfermedad fui a visitarlo a su casa en varias ocasiones, cosa que nunca antes había sucedido. Me recibía su gentilísima mujer, Ana Luisa Escudero, simpática y abierta, acogedora. Por su carácter, debió de ser para el marido, mucho más cerrado sobre sí mismo, de ayuda inestimable en las relaciones sociales del matrimonio. Me informaba con brevedad y sin dramatismos del estado de su esposo y enseguida me llevaba al estudio en el que, escuchando música, trascurrían las horas más llevaderas del enfermo. Estaba muy satisfecho con un reproductor de *compact disc* que había adquirido poco antes de que la enfermedad se le declarara. Me hablaba de la maravilla que eran estos discos, que empezaban por entonces a difundirse, de lo bien que se oían, del poco espacio que ocupaban. Su aspecto físico se había deteriorado mucho, y en cada nueva visita se notaban los progresos de la enfermedad. Había adelgazado bastante, se le había apagado la voz. A pesar de ello, puedo decir que fue entonces cuando con más proximidad y afecto nos hablábamos, cuando más interesado lo vi por mí y por mis asuntos: me preguntaba por mi poesía, por el inminente nacimiento de mi hijo (que vino al mundo una semana después de que él muriera).

He dicho antes que acaba de empezar el otoño. El verano, instalado en nuestra ciudad como si ésta le perteneciera por derecho de conquista, se resiste a rendir la plaza a la nueva estación. Hay, sin embargo, signos claros de que pronto se resignará a la derrota y tendrá que trasladarse a otros lugares: por el cielo ya no vuelan los vencejos y las tardes van menguando. El nuevo curso comenzará dentro de unos

días. Mariano Baquero, inexplicablemente, no acudirá este año a su cotidiana cita universitaria. Hay ausencias que uno no logra comprender.

NOTA: Casi cuarenta años después, he revisado hoy y he ampliado en algunos puntos el artículo escrito en 1984 para recordar a Baquero, publicado en el número homenaje que la revista *Monteagudo*, fundada por él en 1953, le dedicó el mismo año de su fallecimiento. Se titulaba aquel escrito "Una tarde con Mariano Baquero" y lo escribí sólo tres meses después de su muerte. Han pasado muchas cosas desde entonces. Pasaron los largos años en que estuve ligado a la Universidad de Murcia. Pocas cosas echo de menos –a excepción de los alumnos– de mi vida laboral. Pero permanece en mí el recuerdo vivo de mi relación con Baquero. Y siento la nostalgia de aquella lenta y apacible tarde única en la que, por su semejanza, terminaron fundiéndose todas las tardes que compartimos.